

# **BIBLIOTECA ABIERTA. CURSO DE INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO. PRIMERA PARTE — COMISARIADO POR PAUL B. PRECIADO**

— Lunes 16 de Febrero de 2015, a las 19.00 h  
Maurice Merleau-Ponty leído/usado por Marina Garcés

## **RESUMEN DE LA CONFERENCIA**

Según Marina Garcés, Maurice Merleau-Ponty es un «desconocido presente» para nosotros. Seguramente, apunta la filósofa, ese devenir imperceptible se explica desde una suerte de filosofía discreta, más receptiva que propositiva. Merleau-Ponty es receptor de sus maestros y claro reconocedor de sus deudas, y, lejos de obcecarse en el apuntalamiento arrogante de una voz original, prefiere instalarse en los pliegues y en las sombras de otros filósofos. Merleau-Ponty fallece en 1961, en pleno apogeo de su trayectoria, legando una obra en potencia. Desde ahí puede acompañarnos.

Garcés comparte una lectura medio salvajada, sin la pretensión de subsanar posibles déficits de conocimiento. Partiendo de la declaración filosófica de Merleau-Ponty «la certeza injustificable en un mundo común es para nosotros la base de la verdad», Garcés confiesa que con el filósofo francés ha aprendido un modo de pensar, de estar, de vivir e incluso de tratar. Y es que el pensamiento de Merleau-Ponty se presenta aquí como un trato con el mundo, como un trato con nosotros y entre nosotros. El filósofo defiende la idea de una visión recíproca, en la cual ver es ser visible; una visión que anhela el desalojo de los que deciden cómo debe ser la vida de los demás desde una mesa; un desalojo para aprender a tratar el mundo de otra manera, puesto que hacer filosofía es reaprender a ver el mundo, no en el sentido de elaborar nuevas imágenes, sino en el de situarse en otro lugar para articular conceptos que nos liberen de esa mirada controladora desde la que construimos nuestras representaciones de la sociedad.

La aproximación de Garcés parte de la identificación de una filosofía del «nosotros» en Merleau-Ponty y de su irremediable conexión con una filosofía del cuerpo. En primer lugar, se nos recuerda que el problema del «nosotros» atraviesa toda la filosofía política moderna europea. Asumiendo que el elemento sobre el cual pensamos, legislamos y articulamos la organización social y política en la Europa moderna es el individuo, el «nosotros» se nos presenta como un problema al que debemos dar respuesta construyendo cada vez algún tipo de relación. Desde los textos de Merleau-Ponty se vuelve a abordar la cuestión no resuelta de cómo poner al yo en plural y cómo hacerlo de manera que no quede expuesto a la arbitrariedad de una suma de individualidades o a la búsqueda de un poder superior sustentador de esa unión.

Los textos de Merleau-Ponty evidencian que este problema es fruto de un error de base, de una falsa ilusión: el pensarnos como individualidades puestas unas frente a otras. El propio autor señala a la filosofía de la conciencia como la responsable de hacernos caer en la «trampa del otro ante mí». Así, su pensamiento se verá atravesado por el anhelo de desmontar esa trampa y buscar una salida que nos permita entendernos desde otro lugar. Atacando de forma consecuente la escena fundamental de la filosofía moderna (de Hegel a Derrida), Merleau-Ponty también hará tambalear el principio de libertad absoluta que sustenta la filosofía moral. Y apuntará la necesidad de conferir ciertas excepciones a esa libertad absoluta, en beneficio de un pensamiento emancipador, capaz de conquistar otro sentido de la libertad.

Este otro sentido de la libertad pasa por reaprendernos desde y con los vínculos que nos componen y nos sitúan entre los demás. De este modo, en el pensamiento de Merleau-Ponty, al otro se le encuentra cuando aprendo a experimentar nuestra complicación en un mundo común. El «nosotros» pasa a depender de mi relación con todo lo que trato y que es lo que nos hace ser como somos. El «nosotros» ya no espera a ser constituido como sujeto colectivo por encima del mundo, pues ya está funcionando en ese mismo mundo. Garcés afirma que el filósofo logra así dejar de hipostatizar al sujeto para incorporar el «nosotros» como una dimensión común de nuestra propia vida. La noción de individuo zozobra: aprenderemos a decir nosotros cuando nos aprendamos a pensar como individuos imposibles —ninguno de

nosotros puede ser un individuo y sólo un individuo—, y construyamos experiencia a partir de esta imposibilidad.

Merleau-Ponty llegará a afirmar incluso que no hay hombre interior. Ahora bien, Garcés nos recuerda que debemos entender a Merleau-Ponty, más que como a un filósofo de la superficie, como a un pensador del pliegue y de la carne que es tejido, que se dobla, que acoge, guarda y resguarda todo lo que no está separado sino entretejido con todo lo demás. Es más, nos ofrece un lugar, en el que poder ser, que es puro pliegue; un pliegue en el que lo singular y lo común se encuentran. El yo puede así entretejerse con el mundo sin necesidad de estar expuesto a la mirada de un poder que no se deja ver (panóptico). Y desde estos pliegues hablará una y otra vez del anonimato del «nosotros»; un «nosotros» que no necesita otra identidad para ser pensado; un «nosotros» sin adjetivos porque no es apropiable por nadie. La imagen que sugiere el filósofo no es la del ágora o la de la comunidad ideal, sino la de los círculos concéntricos de miradas desencajadas pero siempre vinculadas. Y lo que aparece ahí, según la filósofa francesa Françoise Dastur, es una filosofía de la promiscuidad, una escena fundada en la continuidad de los cuerpos y de las vidas viviendo juntas. Somos juntos, vivimos activamente juntos, elaborando nuestra vida en común.

De este modo, la filosofía del nosotros se desplaza irremediabilmente hacia una filosofía del cuerpo. Frente a la trampa tendida por la filosofía de la conciencia, el cuerpo nos pone en otro lugar. La única condición es pensar el cuerpo de una forma distinta a como lo ha pensado la filosofía de la ciencia. Es decir, no asumirlo como un objeto que tenemos, sino a partir de la premisa: «soy mi cuerpo». Si yo «soy mi cuerpo», no puedo pretender ser yo y solo yo, pues soy muchas cosas más que yo. La conciencia personal será un círculo intermitente más de aquellos círculos concéntricos que constituyen nuestra existencia. Si yo soy mi cuerpo, soy carne del mundo, pues el mundo es asumido como continuidad de mi cuerpo. Las distancias sujeto/objeto, yo/otro y la pretensión de estar por encima del mundo, dejan de funcionar.

La consecuencia será entonces el descubrirnos como sujetos irremediabilmente comprometidos, que deben enfrentarse al reto en un mundo global invivible, — compuesto de «nosotros» cada vez más identificados, fragmentados y segmentados— y tratar de construir juntos una vida común vivible.